

EL LIBRO DEL ESCOLAR

SERIE DE LIBROS DE LECTURA

1.^o LIBRO

PARA NIÑOS DE 6 A 8 AÑOS DE EDAD

ADOPTADO POR LOS CONSEJOS DE EDUCACIÓN DE LAS PROVINCIAS
DE BUENOS AIRES, CORDOBA, TUCUMÁN, SALTA Y OTRAS

10.^a EDICIÓN



por el rol.
JUAN PIZZURNO
EX-INSPECTOR GENERAL
DE ENSEÑANZA SEGUNARIA NORMAL
Y DE ESCUELAS PRIMARIAS
DIRECTOR DE LA ESCUELA NORMAL
DE PROFESORES DE LA CAPITAL

precio \$ 0.70

QUILINO FERNANDEZ, EDITOR
ESTADOS UNIDOS, 1384.

BUENOS AIRES.

Biblioteca Nacional de Maestros

LL
1901
PIZR

C
Q - 5
14



00025770

EL LIBRO DEL ESCOLAR



El autor está convencido de que si los padres de familia se enteran de los propósitos á que responde este librito, han de poner empeño en secundarlos. Por eso, á todos aquellos cuyos hijos usen esta obra como texto, les ruega quieran molestarse leyéndola, íntegra, ellos también.

66

PRIMER LIBRO

PARA NIÑOS DE 6 A 8 AÑOS DE EDAD

Repuesto año

EL LIBRO DEL ESCOLAR

SERIE DE LIBROS DE LECTURA

POR EL PROFESOR

PABLO A. PIZZURNO

Ex-Inspector General de Enseñanza Secundaria y Normal
Ex-Inspector técnico general de escuelas primarias de la Capital
y actualmente Director de la Escuela Normal de Profesores

*Duplicado
del N.º 6237*

DÉCIMA EDICIÓN, CORREGIDA



BUENOS AIRES

AQUILINO FERNÁNDEZ, EDITOR

1384, ESTADOS UNIDOS, 1384

Á LOS MAESTROS Y Á LOS PADRES DE FAMILIA

"El maestro que enseña á leer sin hacer comprender y sentir, ara, pero no siembra."

El objeto último de la enseñanza de la lectura es que, el niño primero y el hombre después, utilicen lo escrito, leyéndolo como medio de educarse, instruirse, recrearse.

Para obtenerlo, no basta que se aprenda á vencer las dificultades materiales de la lectura, es decir, á descifrar y pronunciar fácilmente las palabras. Importa, sobre todo, despertar el amor á la lectura, formar el hábito de leer. Pero esto no se obtiene si no se conquista la atención del niño, si no se gana su voluntad por medio del interés que en él se despierte.

El libro usado ha de tener eso en cuenta en primer término, y á ello debe, en cierto modo, subordinarse todo lo demás. Por lo tanto, los asuntos elegidos y el lenguaje empleado, no sólo han de estar al alcance del niño sin exigirle mayor esfuerzo mental, sino que deben serle agradables; y esto, por razones obvias, mucho más en los grados inferiores que en los adelantados de la escuela.

Es frecuente el error de querer hacer servir simultáneamente el libro de lectura, desde el primer grado, á otros propósitos; por ejemplo, á la adquisición de ciertas nociones, que llamaré gramaticales, y al enriquecimiento del vocabulario infantil, con palabras que, en verdad, no hay para qué apresurarse á incorporar al bagaje del niño.

He huido calculadamente de esto, que fuera de ser prematuro, conspira, á menudo, por lo menos contra la amenidad de la lectura. Por lo mismo, tampoco se componen los capítulos de este libro de frases aisladas sin vinculación ninguna entre sí, caprichosamente agrupadas y decisivamente aburridoras.

He procurado, sí, y esto será sistemáticamente atendido en toda la serie de *El libro del escolar*, que en los asuntos domine la nota moral, respondiendo así al fin principal de la educación; y dentro de esa nota, he preferido la influencia positiva del ejemplo del bien, á la negativa del ejemplo del mal.

Creo que los niños que han terminado, con el primer año de escuela, el aprendizaje de la parte mecánica de la lectura (los que están en el *primer grado adelantado*, según habitualmente se denomina entre nosotros) pueden seguir en este primer libro la lectura corriente.

Deben leer con naturalidad, con expresión. Pueden hacerlo; lo afirmo categóricamente, porque lo he obtenido siempre como maestro y porque lo he visto obtener por sinnúmero de colegas. Es cuestión de empeñarse en ello y de elegir bien el texto de lectura.

Me permito recordar :

Que antes de leer en voz alta cada capítulo en presencia de la clase, es conveniente preparar la lectura en casa ó en la escuela ó en ambas á la vez; en ésta, por lo menos, deben los niños recorrer previamente en silencio el capítulo. Si hay palabras cuyo significado presume el maestro que no conocen aquéllos, debe explicarlas antes; si hay otras de difícil pronunciación, debe hacerlas pronunciar también antes. El objeto es evitar durante la lectura, las interrupciones que distraen la atención de lo principal, es decir, del asunto del capítulo y de su natural y animada expresión por el lector.

He puesto en bastardilla todo lo que es hablado por los personajes de los cuentos, para facilitar así al niño el cambio de entonación.

Los grabados de este librito son, en su mayoría, reproducción de cuadros de verdadero valor artístico, de modo que á la vez que sirven de ilustración al texto, pueden influir en la formación del buen gusto del niño.

El maestro podrá aprovecharlos para hacer ejercicios de observación y de lenguaje, sea incitando al alumno á describirlos, sea pidiéndole que exprese las ideas y sentimientos que las figuras y escenas le sugieran. Todos los grabados que acompañan al texto pueden servir á tal objeto; pero he puesto, además, aislados, buen número de ellos, con ese especial propósito.

Si los maestros quieren favorecer al autor indicándole las deficiencias que noten y las mejoras que ellos introducirían en el libro, lo agradecerá sinceramente.

PABLO A. PIZZURNO.

Enero de 1901.

INDICE

	PÁG.		PÁG.
A los maestros y á los padres de familia.....	V	21. Micifuz y Zapirón.....	22
Índice	VII	22. Susto	24
PRIMERA PARTE		23. El gallo ciego.....	25
1. Un buen lector.....	1	24. Las golondrinas.....	27
2. Preso	3	25. ¡Arriba!	28
3. ¿Qué será?.....	4	26. El pescador.....	30
4. Bajando frutas.....	5	27. Tomasito y su perro.....	32
5. Amor maternal.....	6	28. Espigadoras	34
6. Leopoldito	7	29. El carrito de Elvira.....	35
7. El elefante.....	8	30. Un grupito.....	36
8. Encerrados	9	31. El espejo.....	38
9. Huerfanitos	10	32. Buenos días.....	40
10. Al campo.....	11	33. El lechero.....	41
11. El dibujante.....	12	34. Un rebaño.....	44
12. La equillbrista.....	13	35. Los músicos.....	46
13. El baño.....	14	36. Los ratoncitos.....	48
14. Peinando á la abuelita....	15	SEGUNDA PARTE	
15. Esperando al papá.....	16	37. Desafío	51
16. La sorpresa.....	17	38. En libertad.....	53
17. La inundación.....	18	39. Escena campestre.....	54
18. Dos buenos amigos.....	19	40. El payasito.....	55
19. El gallo.....	20	41. ¿A que no?.....	56
20. Cazando mariposas.....	21	42. Juntando flores.....	58
		43. Teté y su hijito.....	60

<u>PAG.</u>	<u>PÁG.</u>
44. Amor filial.....	61
45. Jugando	63
46. Un paisaje.....	66
47. Travesuras de Santiago..	67
48. Castigo merecido (TEMA DE CONVERSACIÓN)	69
49. Caprichosa	70
50. Pobres	71
51. Llevando fruta.....	72
52. Inquietud	74
53. Riojanitos	75
54. Animales artistas.....	76
55. Cómo tratar á los animales	77
56. Carlitos	81
57. Leonés	82
58. El carpinterito.....	83
59. Eduardito	84
60. Aprendiendo á subir.....	86
61. Tejiendo	87
62. Las dos madres (TEMA DE CONVERSACIÓN)	88
63. Un rapto.....	89
64. La mamá ha salido (TEMA DE CONVERSACIÓN)	90
65. Bailando	91
66. En la campaña argentina (TEMA DE CONVERSACIÓN)..	92
67. Hablando de las aves....	93
68. ¿No tienes apetito? (TEMA DE CONVERSACIÓN).....	100
69. Paciendo	101
70. Pasando la laguna (TEMA DE CONVERSACIÓN).....	102
71. María y Lucrecia.....	103
72. Ríe mejor el que ríe último (TEMA DE CONVERSACIÓN)..	114
73. Hace buen tiempo (TEMA DE CONVERSACIÓN)....	114
74. Caballos	115
75. Un arquitecto.....	116
76. Escenas mudas (TEMAS DE CONVERSACIÓN)	117
77. El primogénito.....	118

EL LIBRO DEL ESCOLAR

(PRIMER LIBRO)

PRIMERA PARTE

1.— Un buen lector



Federico sabe ya leer de corrido.
Pronuncia claramente las palabras.

Cuando lee, parece que habla. Lee
con *naturalidad*.

No canta, ni se apresura.

¡Qué bien dice las preguntas y las exclamaciones!

No *tartamudea*.

¿Sabéis por qué lee así?

Porque lee cosas interesantes, y que puede entender.

II

Federico lee mucho en voz alta.

Pero antes de hacerlo, recorre el capítulo en silencio.

Así sabe lo que va á leer y puede leerlo bien.

Eugenia y Angelita le escuchan siempre con gusto.

El papá y la mamá les hacen repetir después los cuentitos.

Y ellas los repiten hablando como si hubiesen visto lo que refieren.

Los libros de Federico están llenos de figuras.

2.— Preso

Cayó un grillo en la jaulita.
¡Con qué placer lo están obser-
vando!

Él, Ge-
naro, es
el más in-
terésado.

Mete un
palito por
entre los
alambres.

Empuja
al pobre
insecto de un lado e

—No le hagas daño,

Sería una crueldad.

Y tú, Marieta, no permitas que tu
hermano lo martirice.



tron-

hace

s fru-

en

de un lado e

ellos.

3.— ¿Qué será?

Han dejado un cigarro encendido en el borde de la mesa.

Llegan los dos gatitos. Ven la columna de humo.

La contemplan sorprendidos.

Se acercan,
poco á poco,
con *recelo*.

Federico lee mucho en
Pero antes de hacerle
capítulo en silencio.

Deben de-
cir para sus
adentros:

Así sabe lo que va
leerlo bien.

—¿Qué se-
rá esto?

Eugenia y Angé
á estirar la patita
para tocar el cigarro!

¡Quién sa-

Si lo tocan del lado del fuego, ¡qué chasco se van á llevar!

¡Qué pronto encogerán la patita!

4.— Bajando frutas

— *Yo no alcanzo, dice Gerardito.*

— *Yo tam-
poco; pero eso
no importa.
Observa cómo
se hace, con-
testa Mina.*

Y sacude el tron-
co del árbol.

Gerardito hace
otro tanto y las fru-
tas caen.

Se desprenden
fácilmente porque
están maduras.

— *¡Cuidado! no
comáis con exceso
aunque estén maduras.*

Podrían haceros daño.



5.— Amor maternal

El nene duerme tranquilamente.
La madre vela su sueño.



Teme despertar-
tarlo, pero no
puede estar sin
hacerle alguna
caricia.

Lo tapa con
cuidado.

De vez en
cuando se in-
clina y le da
un beso en la
frente.

Si llegara á enfermarse, no se apar-
taría un momento de su cuna.

Sólo llegaría á tranquilizarse al
verlo restablecido.

6. — Leopoldito

Leopoldo es hijo del almacenero.

¡Qué cara tan simpática tiene!

Sí, es un excelente niño.

Ayuda á su papá. Lleva á los marchantes que viven cerca los artículos que compran.

Lleva arroz, sémola, fideos, azúcar, café, té, chocolate, yerba, vino, soda, cerveza, aceite, vinagre, sal, especias, etc.



El reparto lo hace por la tarde. Va derecho á las casas. No se detiene para jugar con los pille-tes que haraganean en las calles.

Por la mañana va á la escuela.

Está en primer grado y es un discípulo atento y obediente.

7.—El elefante

¡Qué animal tan grande es el elefante!

Es el mayor de los *cuadrúpedos*.



Tiene mucha fuerza.

Con su trompa es capaz de quebrar ó de arrancar un ár-

bol como el que tiene cogido en este momento.

El elefante tiene dos largos *colmillos de marfil*.

El marfil se emplea en la fabricación de muchos objetos útiles.

8.—Encerrados

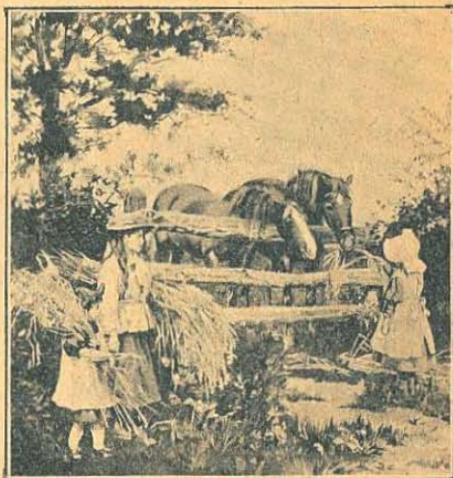
Estos dos caballos están dentro del corral.

Se arriman á la *tranquera*, cerrada, y sacan la cabeza por encima. Quizá están deseando que se les abra para andar libres por el campo.

Estas chicas, al verlos, dijeron:

Vamos á darles un poco de pasto.

Ellas son hijas, probablemente, del dueño de los caballos.



9.—Huerfanitos

—*Béee!... béee!...* balan los corderitos.

Tienen hambre.

¿Dónde estarán las madres? Han

muerto y ellos han quedado huerfanitos.



Por eso los crían con mamá,

como á los chicos cuando hay que despedcharlos.

¡Con qué cariño los contempla y los cuida Martita!

A cada rato dice á su hermana mayor:

—*Raquel: ¿no es hora todavía de dar leche á los corderitos?*

10.—Al campo

Alcira lléva maíz en el delantal.

Lo arroja poquito á poco para que los gansos la sigan.

Los gansos comen lo que cae y *graznan* pidiendo más.

Arnaldo viene detrás, gozando con la ocurrencia de su hermanita.

Él va á cazar mariposas.

Lleva un baldecito en una mano y la red en la otra.

No se alejarán mucho de la casa.



11.— El dibujante

Domingo aprende á dibujar.

Lo que dibuja en este momento es uno de los gansos que se ven ahí cerca.



Su hermanito, Saúl, ha dejado de jugar con su carrito de madera. Mira el dibujo de

Domingo. Pronto querrá hacer lo mismo él también.

¡Qué útil y agradable es saber dibujar!

A mí me gusta mucho que los niños aprendan á copiar del natural.

Pueden hacerlo.

12.— La equilibrista

— ¡Qué bien! ¡Bravo! ¡Bravo!

Así dicen Adelaida y Clementina, aplaudiendo los equilibrios de Josefa.

Ésta recorre un caño cilíndrico, sin caerse.

Como las otras no están acostumbradas á estos ejercicios, les parece que son muy difíciles.

La más entusiasmada es Clementina.

Ved cómo junta las manos en señal de admiración.



13.— El baño



La mamá llena la esponja de agua. En seguida la *exprime* sobre el cuerpo de Isolina. La chica se cubre la cabeza con el brazo y la mano.

— ¡ *El agua está fría, mamita!* exclama.

Pero no llora y se baña siempre.

¡ Qué buena costumbre es ésa!

¡ *Y qué bien se sienten las personas que se bañan todos los días, aún en invierno!*

14.— Peinando á la abuelita

—¿Quieres que te peine, abuelita?

—No, querida, déjame tranquila.

—Pero es que no estás bien así. Deja que te peine.

La abuelita se calla y entonces Isabelina sube detrás del sillón y la peina á su manera.

—Vamos, acaba pronto y déjame trabajar.

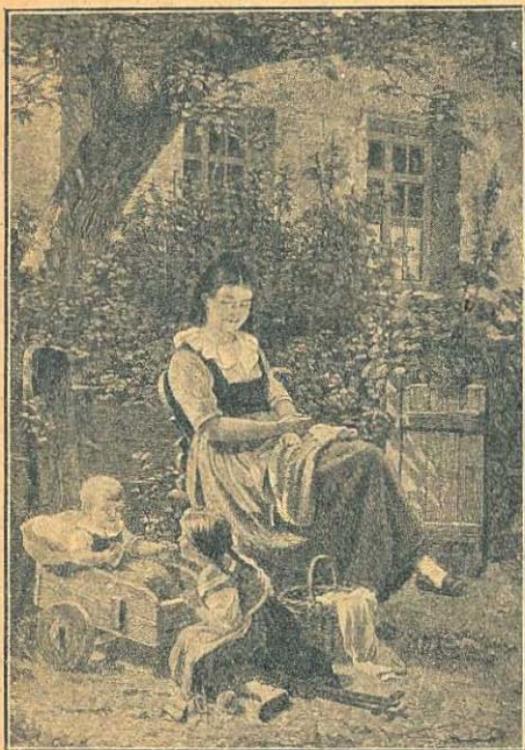
La nieta no hace caso, pero se inclina sobre la abuelita y le da un beso.

—¿Ves como te quiero? le dice.— Ya voy á acabar de peinarte.—Me falta el rodete.

La abuelita todo lo tolera con gusto.



15.— Esperando al papá



Están á la sombra de los árboles.

Ella, la madre, cose, pero interrumpe de tiempo en tiempo su *labor* para mirar á Eduardo y Anatilde.

Son sus hijos y los quiere mucho. Anatilde, que es ya grandecita, entretiene á su hermano y lo cuida con cariño.

Más tarde vendrá el padre, que está trabajando afuera, y todos se alegrarán.

16.— La sorpresa



Francisco se ha trepado al árbol. Arranca frutas sin permiso.

Carolina pone el delantal. En éste caen las manzanas que arroja el chiquilín desde arriba.

De pronto aparece Don Bernardo, que es el dueño del

huerto.

Carolina desaparece por un agujero del *cerco*.

Francisco no tuvo tiempo de bajar y trata de evitar que el viejo lo alcance.

Si éste lo agarra, lo castigará.

¡Bien hecho! ¿Por qué no pidió permiso, Francisco, para tomar la fruta que no le pertenecía?



17.— La inundación

Me gusta este cuadrito, aunque es *imaginado* y no real.

Ha llovido muchísimo y el río ha *desbordado*, inundando los campos.



El agua ha entrado á las casas. Estos pollitos no quieren morir ahogados.

Se han metido en un gran zapato de madera.

El zapato *flota*.

Uno de los animalitos hace de capitán.

Todas las órdenes las da del mismo modo.

Sólo sabe decir: ¡*Pío, pío!*

18.— Dos buenos amigos

He aquí dos buenos amigos.
Los dos son animales *domésticos*.
El burro asoma la cabeza por sobre
el cerco.

Mira á los cachorritos que están muy ocupados en mamar.

Tal vez piense, al verlos así:

— ¡Con cuánto apetito chupan!

Puede ser también que los esté contando:— *Uno, dos, tres, etc.*

¿Sabrán contar los burros?

No, ni contar ni cantar. Pero saben rebuznar.



19.—El gallo

¡Quiquiriquíiii! ¡Cocorocóoo!

—¿En qué quedamos? ¿Canta usted en *í ó* en *ó ó*?

¿Y qué hace usted ahí, con una pata levantada?



¿Está usted coqueteando porque tiene una hermosa cola?

Supongo que no es usted un gallo peleador.

No, usted no tiene aspecto de gallo de riña.

Lo felicito por eso.

¡Qué espectáculo brutal el de las riñas de gallos!

No es propio de gente civilizada.

20.— Cazando mariposas

—¡No te muevas, no te muevas, Fanny!... Esta vez no se me escapa... decía Edgardo.

Pero Fanny no le oyó siquiera.



Ella también venía corriendo detrás de otra mariposa.

A un mismo tiempo dieron el golpe. ¡Qué desencanto! Las dos mariposas se volaron.

—Vamos, queridos, no sean ustedes crueles.

Si consiguen apresarlas, no las retengan ustedes.

Contémprenlas un momentito y déjenlas después en libertad.

Déjenlas volar de flor en flor, chupando su dulce jugo.

21.—Micifuz y Zapirón

Celmira pone su gatito en la carretilla.



—Vamos, Micifuz, vamos á dar un paseíto.

Y hace andar la carretilla.

Micifuz se deja llevar un momento.

Pero pronto se cansa y salta al suelo.

— ¡Ah, Micifuz! dice Celmira; ¿qué modo de bajar es ese?

Pudiste caer y hacerte daño.

— ¡Miau! miau! maulla el gatito, como si contestara:

— *¿Hacerme daño por eso, yo?....*

Y se aleja como resentido.

II

¿A dónde irá Micifuz?

Ya lo sé. Ha visto á su compañero *Zapirón*, que está muy entretenido con Miguel.

Va á jugar él también.

Miguel se asoma detrás del cerco de tablas.



Deja caer una pelota atada al extremo de un hilo. Los gatitos saltan para agarrarla.

Él da entonces un tirón para impedirlo.

¿La atraparán?

Es difícil, porque la pelota es esférica y un poco grande para sus patas. Se les escapará fácilmente, aun cuando la alcancen.



22. — Susto

— *No te asustes, Rosita. Es un conejo.*

El pobre animalito tiene sed.

Sehan olvidado de ponerle agua en su tachito; por eso

ha salido en busca de ella. Encuentra un poco en esta cacerola y la aprovecha.

— ¡Bájate, bájate, Rosita! El conejo es tan inofensivo como tu muñeca. No te hará nada.

Tómalo, si puedes, por las orejas.

¡Qué largas las tiene, eh!

Tócalo, verás qué suave es su pelo.

23.— El gallo ciego

Estos chicos están jugando al gallo ciego.

Uno se venda los ojos y tiene que correr á los demás que giran á su alrededor, gritando:

— ¡Ya, ya! ¡Aquí, aquí! ¡Gallo ciego!

Si alcanza á tocar á uno de ellos, debe enseguida adivinar quién es el tocado.

Este se pone entonces la venda y el juego continúa.

Pero me parece que el que hace en este momento de gallo ciego, no procede lealmente.



Se ha levantado el pañuelo.

—*Eso no está bien, amiguito.*

En el juego, como en todos los actos de la vida, se debe ser honrado y cumplir las reglas establecidas.

24.— Las golondrinas

Ha vuelto la primavera y con ella las golondrinas.

Estas dos de la figura tienen su nido en el *desván*, desde el año pasado.

Vuelven á él porque en esta casa nadie las molesta.

Al verlas llegar, todo el mundo se regocija.

El nene las señala contento al abuelito, y dice en su media lengua:

— ¡Pipí, ito, pipí!



Quiere decir: *¡Los pajaritos, abuelito, los pajaritos!*

25. — ¡Arriba!

¡Upa! ¡upa!, dice el pequeño Edmundo, animando á los perritos. — *¡Cuidado con caerse!*

Y les muestra un trozo de pan.

Los escalones son un poco altos; pero, á pesar de eso, los cachorros suben, atraídos por el pan.

Ved cómo saca la lengüita el de la izquierda.

Este último llegará tarde.

¿Se quedará sin comer?

No. Edmundo traerá otro pedacito de pan y se lo dará.

O hará tres partes del trozo que tiene en la mano, para que todos tengan un poco.

— *¡Muy bien, Edmundo!*



¡Upa! ¡Upa!

26. — El pescador

I

— ¡Pescado fresquito! grita este muchacho.

De las casas lo llaman y él entra sonriente, pensando que le van á comprar.



— ¿Qué traes?
le pregunta la que lo llama.

— Tengo sábalos, corvinas y un trozo de zurubí.

— ¿Por qué no traes pejerrey?

— Porque hay muy poco ahora y está caro.

Este chico es hijo de un pescador y le ayuda á vender.

Contribuye así al sostén de la familia. Cuando vuelve á su casa con la caña

vacía, entra contentísimo. Entrega el dinero ganado y después almuerza.

Por la tarde va á la escuela.

—¡Bravo, muchacho!

II

Los *peces* viven en el agua.

Casi todos tienen el cuerpo cubierto de *escamas*.

Tienen *aletas*, que les sirven para nadar.

Hay peces de todo tamaño, de muy diferentes formas y hasta de colores distintos.



27.— Tomasito y su perro

—*¡Quieto, quieto, pichicho!... Déjate poner la servilleta. Así no te ensuciarás el traje.*

Eso dice Tomasito mientras procura atar la servilleta al cuello del paciente animal.

¡Y con qué ganas se ríe!

El cachorrito no se irrita. Está acostumbrado ya á los manejos de su amo.

Tomasito pincha después con el tenedor trozos de pastel y se los da.

—*Toma, toma, goloso,* exclama el chiquilín.

*Y mastica bien para no empa-
charte.*

Después irás á dormir la siesta.

Tomás no hace daño al animalito, pero yo preferiría que jugase de otro modo.



No es bueno manosear los animales. Pueden contagiarnos muchas enfermedades.

28.— Espigadoras



¡Pobrecitas! ¡Están cansadas de recorrer el campo!

¿Para qué?

Para recoger las espigas de trigo que los segadores han abandonado.

Vuelven á su pobre vivienda.

En ella depositarán lo que han podido recoger.

Después comerán con apetito, en compañía de sus padres y hermanitos menores.

Más tarde dormirán profundamente.
Mañana se despertarán descansadas, dispuestas á corretear, alegres, por el campo, al sol y al aire.

¡Qué simpatía despiertan en mí estas chiquilinas!

29.— El carrito de Elvira

Elvira es la dueña de ese carrito de madera.

El carrito tiene dos ruedas y es muy bonito.



Ella lo adorna con flores.

En seguida llama á Fanor.

Fanor es un perro lanudo, blanco.

Elvira le pone los *arrees*, y lo ata á las *varas* del carrito.

Sube en seguida á éste, se sienta y toma las *riendas*.

— ¡*Vamos, ico! ico! caballito!* exclama.

¡Qué caballito!... ¡Si es un perro!

No importa; ella dice que ese perro es su caballito.

El perro está bien enseñado.

Elvira lo trata con cariño. Por eso Fanor le obedece.

30.— Un grupo



Siete en primera fila y cuatro en segunda.

Total, once chiquilinas, es decir, once diabli-

tos. No me equivoco, no. Miren ustedes las caras de todas ellas.

Las hay rubias, morochas y de pelo castaño; de ojos negros y ojos azules claros.

Pero ninguna tiene cara de tonta, por cierto!

Eso me gusta, con tal que sean estudiosas, obedientes y de buen corazón.

—¿Lo sois todas?...

Supongo que sí.

*Y cuidadito con ser embusteras, ¿eh?
Tendríais el más feo, el más odioso de los defectos.*

Y ahora, salid de ese banco, y á jugar, corriendo y saltando como cabritas. ¡Vamos!

Pero, en cuanto se toque la campana, á formar, prontito y en silencio.

31.—El espejo

Este gatito se mira en el espejo.
Se ve reflejado y se asombra.



Cree que
es otro ga-
to y lo mira
con ganas
de pelear. ✕

Parece
que le di-
jera:

—*Ché, no
te hagas el malo, porque está el vi-
drio de por medio!*

II

Y ¿qué decís de esta otra figura?
Este chiquilín no se anda con vuel-
tas.

Quiere tocar al que ve del otro
lado y... ¡pam! allá fué un martillazo.

¡Adiós, espejo!
Con tal que ahora la mamá no le
dé *confites*....



No han debido dejar solo al niño,
porque además de romper el espejo,
pudo lastimarse seriamente él mismo.

32.— ¡Buenos días!

¡Buenos días, nenito!

¿Cómo ha pasado Vd. la noche?

¡Qué dulce despertar el suyo!

Abre Vd. los ojos y ya se encuentra con un chiche.



Su mamita lo puso ahí para que Vd. se entretenga con él y no llore.

Entre tanto, ella le prepara el desayuno.

¿No oye Vd. el *pío pío* de los pollitos?

Ahí andan alrededor de Vd., buscando granitos y migas de pan.

Son seis, media docena. Los hay

blancos y overitos. También está la gallina. ¡Claro! Para cuidar á sus hijitos.

Y ese perro, ¿es amigo de usted?....

¡Seguramente!

¿Estará esperando que usted se levante?

No, está de guardia. Cuida de que nadie venga á molestar á Vd.

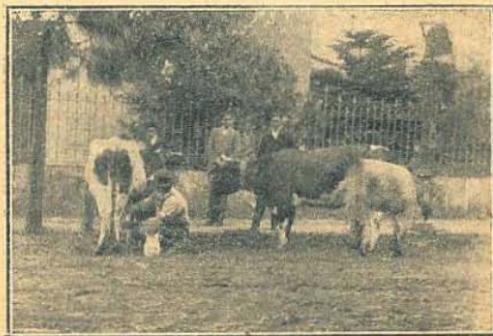
33.— El lechero

Este es un lechero ambulante.

Anda por las calles con sus vacas.

En este momento está *ordeñando*.

¿Dará la medida justa ó la llenará de espuma?



Supongo que la dará justa. Si engaña, otra vez no lo llamarán y eso no le conviene.

A mí me gusta la leche recién ordeñada.

Pero temo beberla, si no estoy se-



guro de que *procede* de una vaca completamente sana.

Un lechero honrado hace revisar sus vacas por un hombre entendido.

Por las dudas, es bueno tomar la leche después de hervida.

II

La segunda lámina representa un pequeño *tambo*.

El tambero y su mujer ordeñan, y echan la leche en tarros.

Manean á las vacas para que no pateen el balde y derramen la leche.

Después el lechero cargará su caballo con los tarros, é irá á la ciudad para hacer el reparto éntre sus marchantes.



34.—Un rebaño



¡Cuántas ovejitas hay en esta lámina!

Veo también varios *corderitos*.

A uno de ellos lo tienen en sus brazos las muchachas.

Es el más chico y lo miman. Lo protegen ahora abriendo el paraguas.

El corderito *bala* de tiempo en tiempo.

¡Bée... bée!... como si dijese á sus protectoras: ¡Gracias, gracias!

Esta *majadita* descansa después de recorrer el campo *paciendo*.

Al caer la tarde volverán las ovejas á casa.

Al entrar al establo se atropellarán, según es costumbre en ellas.

No se apresuren tanto, ovejitas, que el pasto y el maíz alcanzará para todas.

La oveja nos da su carne, que es alimento muy *nutritivo*.

Con su lana, tejida, se hacen nuestros vestidos.



35.— Los músicos

Adriana estudia el piano.

Es inteligente y aplicada. Por eso aprenderá pronto. Ya toca algunos ejercicios bonitos.



Zulma, su hermanita, quiere imitarla y se empina para alcanzar á las teclas.

II

Y en esta otra figura, ¿por qué se tapa Lucio los oídos? Lo hace por burlarse. Dice que Rita desafina.

Pero Rita es muy paciente y no se enoja por sus bromas.



A veces dice á su hermanito:

— *Terías de mí, pero en cambio tú no sabes tocar ni una escala. Yo desafino ahora, pero he de aprender bien y entonces tú vendrás á*

escucharme con gusto.

III

¿Y qué decís de este otro músico?

¡Este sí que debe desafinar!

Debe de estar tocando una mazurka gatuna.

¡Y qué aire de personaje adopta!

En cambio, ¡con



qué expresión burlesca lo mira el perro que asoma, arriba, la cabeza!

36.— Los ratoncitos



*¡A ver, á ver!...
¡El que llegue
primero se la
come!*

Así dice Octavia hablando á sus ratoncitos.

Uno de ellos es blanco.

Los animalitos suben, suben.

Octavia levanta también la

mano hasta que llega al extremo de la rama.

Pero ninguno de los dos ratoncitos se quedará sin bizcocho.

Mirad sobre la mesa y veréis que hay para todos.

— ¡Adentro, caballeros! dirá después la simpática niña.

Y los ratones volverán á su cajoncito, el cual tiene un enrejado para que entre la luz y el aire.

Octavia no los maltrata, pero yo no sé por qué no me gusta que juegue con esos animalitos y los tenga encerrados.

SEGUNDA PARTE

37. — Desafío



¡Hum!... Me parece que va á tener lugar una batalla.

Ese gato y esos perros no se miran con caras de buenos amigos. Se miran “como perros y gatos”.

— ¡Cuidado, señores canes, con las uñas del gato!

Y usted, señor de las uñas, ¡cuidado con los dientes de estos representantes de la familia perruna! Mejor será que usted se retire á buscar refuerzos, porque ellos son dos.



No le suceda lo que á su pariente: quiso presentar batalla contra tres y ha tenido que refugiarse en un árbol para salvar el pellejo.

Y en verdad que es cobardía de parte de los perros pelear de esa manera.

— ¡Vamos, señores perros, perdónenle la vida por esta vez!

38. — En libertad

Ricardo había apresado un pajarito.

Lo llevó á su casa y lo mostró contento á sus hermanos. Pero la mamá le dijo:

— ¡Pobre pajarito! Hasta hace poco volaba libre por los campos.

Ahora está preso y triste dentro de una estrecha jaula. Tal vez haya dejado á sus pichoncitos solos en el nido.

— ¡Entonces lo soltaremos, mamá! contestó Ricardo.

— Sí, hijo mío, suéltalo.

Y todos acudieron al balcón para ver cómo se alejaba el bello animalito.

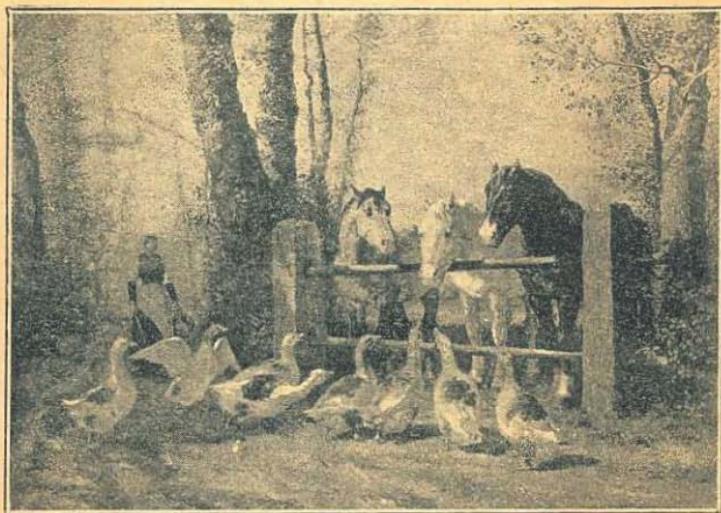
Ricardo dió prueba de tener buen corazón.



39. — Escena campestre

Cuento ocho gansos. Faltan dos para completar la *decena* y cuatro para una *docena*.

Hay tres caballos, es decir, la *cuarta parte* de una *docena*.



¿Qué hacen ahí los gansos?

Parece que se hubiesen detenido para decir á los caballos:

— ¡Hola!, amigos cuadrúpedos: nosotros vamos de paseo, conducidos por la patrona.

¿Queréis venir?

¡Quién sabe si esa mujer no viene á abrirles

la tranquera para que los caballos también anden un rato libres por el campo!

Unos y otros, los caballos y los gansos son animales *domésticos*.

Pero los gansos son, como ya sabemos, *bípedos*, y los caballos son *mamíferos* y cuadrúpedos.

40. — El payasito



Pepito hace pruebas.

Los demás lo contemplan, riéndose y aplaudiendo las habilidades del pequeño artista.

El único que no se interesa es éste de la derecha. Alguna otra cosa le llama la atención.

Ved como levantan los brazos, entusiasmados, esta chiquilina de la derecha y el rubiecito que está en frente, en mangas de camisa y sin sombrero.

Me parece oírles gritar:

¡Bravo, Pepito! ¡Viva el payaso!

Y Pepito, orgulloso, hace todo lo que sabe y procura hacer pruebas nuevas. A veces se cae y hasta se da golpes recios. Pero él no llora. Se levanta como si tal cosa no le hubiera sucedido, y dice:

— *¡Bah! . . . ¡no es nada!. Chichón más ó menos, ¿qué importa?*

Así me gustan los muchachos. Que no sean llorones de puro flojos.

41. — ¿A que no?

— *¿A que no? . . . ¿A que no? ¿A que se escapan?*

Ernestina se sacó los zapatos para no hacer ruido. Avanza despacito, despacito. ¡Y con cuánto deseo de no errar el golpe!

¡Ved la expresión de su carita!

Los pajaritos, entre tanto, están *come que te come*.

Todavía no se han apercibido de que se trata de apresarlos.

¿Se apercibirán á tiempo?

Yo creo que sí.

La chiquilina avanza con cautela, y el som-



brero es grande; pero más grande será la rapidez de los inocentes pajaritos.

Cuando Ernestina se arroje resueltamente sobre ellos, el sombrero caerá y apresará al plato.

Pero los pajaritos se volarán.

— ¡Qué chasco vas á llevarte, Ernestina! Pero no te enojés por eso.

Piensa que es mejor que los pobres pajaritos andén sueltos.

¿Te gustaría á ti que te encerrasen para siempre en una jaula, por dorada que ella fuera?

42. — Juntando flores

Rosa, Emilia y Alejandrina recorren alegremente el campo.

Estamos en primavera.

Juntan margaritas y otras flores *silvestres* que llevarán á su mamá.

La menor, Alejandrina, se cansa pronto de correr y saltar entre las plantas. Pide que la carguen. Rosa, entonces, la levanta, diciendo:

¡Ven para acá, perezosa! Y se la echa al hombro.

De tiempo en tiempo da unos saltos, como para asustarla, pero la bella rubiecita sabe que su hermana no la dejará caer, y se ríe. También Emilia, que quiere mucho á su hermanita, la mira sonriendo cariñosamente.

Cuando lleguen á la casita en que viven y que no está lejos, yo sé lo que hará Alejandrina.



Tomará unas cuantas flores y se las dará á su mamá, diciendo:

— ¡Toma, mamita!

— ¿Las has juntado tú, querida?

— Tí, contestará Alejandrina, queriendo decir sí.

Y todos festejarán á la mimada chiquilina.

43. — Teté y su hijito



Teté tiene un muñeco con cara de llorón.

Lo toma en las faldas, y dice:

— No llores, querido... Voy á

darte la mamadera... Ya están enfriando la leche.

Le pone después el piquito en la boca, y le habla:

— Toma, toma tu leche, picarón...

Aparece después Angélica con otra muñeca.

El hijito de Teté está fajado y no puede mover las piernas.

Angélica lo ve, y tocando la faja, exclama:

— *¿Por qué lo fajó usted, señora?*

— *Porque así ha hecho mi mamá conmigo.*

— *Es cierto,* replica Angélica, *pero estaba*

mal hecho. Debe usted dejarle más libres los brazos y las piernas. Así crecerá mejor.

Angélica repite, jugando, lo que ha oído decir á sus padres.

Pero tiene razón en lo que dice.



44. — Amor filial

Yo sé lo que representa esa lámina; lo he leído en un libro lleno de figuras.

El abuelito ha vuelto de la calle, tiritando, porque estamos en invierno.

— *Tengo frío, exclamó al entrar, y no tengo abrigo.*

Una de sus dos nietas, que lo oyó, dijo:

— *¡Abuelito! Yo sé como haremos para comprarte un abrigo. Oye:*



— *La gallina ha empezado á poner huevos. Juntaremos una docena. Después los pondremos en el nido. La gallina se echará sobre ellos y los empollará. Los pollitos crecerán y cuando sean grandes los venderemos.*

*Con el dinero ganado te compraremos el abrigo.
¿Quieres, abuelito?*

Y entre tanto las cariñosas criaturas mostraban la gallina y el primer huevo puesto por ella.

El abuelito, enternecido, sonreía como diciendo:

— *¡Hay que esperar mucho, entonces!*

En ese momento una de las nietas saltó al cuello del buen viejo.

— *Sí, abuelito, sí; tendrás abrigo. Y yo te quiero mucho.*

— *Yo también, abuelito,* dijo la otra.

45. — Jugando

Lucas y Julio juegan al *ta te ti*.

Es un juego que hace pensar un poquito para no dejarse ganar.

Edmundo



es espectador. Pero el que pierda saldrá y entonces jugará él con el ganador.

Me gusta verlos divertirse, así, amigablemente y sin discutir.

Ved, en cambio, á estos dos.

Por una bagatela han reñido y ahí los te-



néis peleando como los pilletes de la calle.

¡Qué vergüenza!

Y Vds. dos ¿por qué se quedan mirándolos?

Separen á los peledores, pues!

.....

— ¡Ah!... Pido á ustedes disculpa, caballeros!

Acaban de decirme que la pelea no era en serio, sino en broma.

Más vale así; pero de todos modos, no olviden ustedes que juegos de manos... puntos suspensivos. Digan ustedes al maestro que les explique todo el refrán.

— Y estas niñas, ¿á qué juegan?

Se toman, varias, de las manos y forman un

círculo. Dentro del círculo se coloca una con los ojos vendados.

Todas giran entonces, y por turnos dan un grito cualquiera ó pronuncian en voz alta el nombre de la vendada.



Esta debe conocer quien habló. Si acierta, pasa ella á la rueda y la que gritó va al centro, vendada, y se repite el juego.

Y este otro grupo ¿qué hace?

Juega *al gato y el ratón*. — Es un juego muy entretenido también.

— ¡Cuidado, ratoncito, no te dejes agarrar!

Hacen bien estas niñas en jugar así, moviéndose, co-



rriendo y saltando al aire libre, en vez de quedarse quietas y sentadas como hacen otras.

Las que hacen ejercicio tienen mejor salud y estudian con más provecho.

46. — Un paisaje



¡Qué bonito paisaje!

Veo en él una pequeña corriente de agua. Es un arroyo.

Aquí, á la derecha, hay dos bueyes que vienen

caminando. Han cruzado el arroyo.

A la izquierda se distingue apenas un muchacho caminando también. — ¿A dónde irá? Hay árboles, algunos de ellos corpulentos.

Entre las plantas se alcanza á ver una carreta de dos ruedas y más atrás un rancho.

Ha llovido. Se conoce en el aspecto del terreno.

En el suelo están muy marcadas las huellas de las ruedas de un carro.

Tal vez ha pasado por ahí, tirado por los dos bueyes que vemos.

Ahora los pacíficos animales descansarán un poco y recibirán su ración de pasto y de maíz.

47. — Travesuras de Santiago

¡Bonito va á quedar el sombrero después de recibir *la mano de pintura* que le está dando Santiago!

¡Pensará ponerse en seguida? La cara del chiquilín hace sospechar que está tramando alguna diablura.

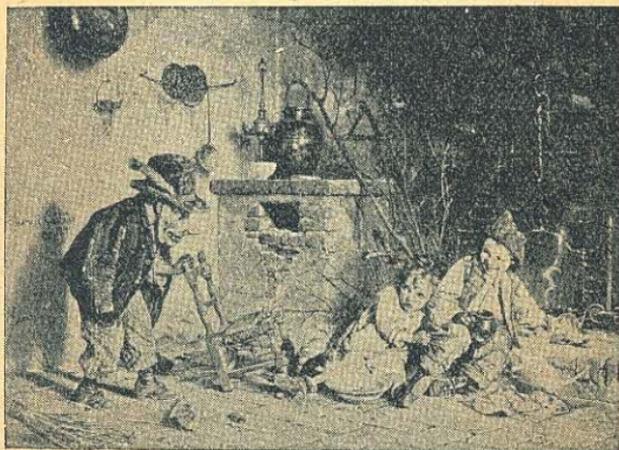


Tal vez piensa: *¡Qué chasco les voy á dar!*

Dicho y hecho.

Mientras la galera se secaba, él se puso medias y zapatos y se echó encima un saco del padre ó del hermano. Después se puso una careta que sus hermanitos no habían visto todavía. Aseguró la careta con la galera, puso á ésta una pluma para desfigurarla un poco más y... en marcha hacia la cocina.

Allí estaban Ambrosio y Basilio.



Santiago llegó hablando con voz gruesa.

¡Qué miedo tuvo Ambrosio, el menor!

Basilio se echó también hacia atrás, pero no tardó en sospechar quién se ocultaba detrás de la careta.

Por eso se ríe ahora.

48. — Castigo merecido



Tema de conversación y descripción oral

49. — Caprichosa

— *¡No quiero, no quiero y no quiero!* grita Florencia.

Se resiste á que la acaben de vestir.



Quiere andar descalza.

Se arrima á la pared y no obedece á la madre que la llama.

— *¡Ven aquí! ¡Mira que te voy á dar una penitencia!*

Es inútil. La chica no se mueve.

La madre debe castigarla severamente y sin lástima. De lo contrario, tendrá siempre una hija mal criada, que sufrirá por eso y la hará sufrir.

— *El que no castiga nunca á sus hijos, no los ama de veras, dice mi abuelito.*

50. — Pobres



— ¡Una limosna, por el amor de Dios!

— También nosotros somos pobres, buena mujer. Sólo podemos ofrecerle una parte de nuestro pan.

— Eso me basta. Denme sólo un pedazo para mi hija. Si no alcanza para mí, no importa.

— Dale, mujer, dale un buen trozo, dice el marido, que está tomando un plato de sopa.

Y agrega:

— Tomen, tomen también un poco de sopa. Eso les hará bien. Está caliente todavía. La pobre viuda se niega, pero marido y mujer insisten y consiguen que la chica tome un poco, mientras la madre acepta el pan.

— ¡Gracias, gracias! ¡Dios les pague tanta bondad!

— Vuelva usted mañana, buena mujer, si lo necesita. Siempre tendremos un poquito de pan ó de caldo para usted y para su hija.

Y las dos desgraciadas, madre é hija, se alejan contentas bendiciendo á sus generosos bienhechores.

51. — Llevando fruta

Allá, al fondo, se ven algunos árboles frutales.

Arrimada á uno de ellos está una larga escalera.

El padre baja manzanas y las pone en canastos.

Los chicos llevan ahora uno de éstos á la casa.



En el camino, Margarita pidió que la llevarsen dentro del canasto.

Con tal que no aplaste mucho la fruta madura...

Pesa bastante Margarita.

Observad la postura de los dos hermanos y la cara del varoncito. Se conoce que hacen fuerza para llevar la carga.

Me parece que van á dejarla caer si Margarita no se baja.

52. — Inquietud



¿Por qué pones esa cara, Josefina?

¿Por qué te muestras tan inquieta?

¿Temes que el perro te quite el pastel que estás comiendo?

No parece que eso esté por suceder.

El perro te mira y mira "con ganas"

lo que tú comes, como diciéndote:

— *No te lo comas sola, Josefina; dame un poco á mí también...*

Pero no te lo arrebatará. Es un perro bien acostumbrado.

Tú debes premiar su conducta dándole un trozo de pastel.

No seas *golosa*, pues, y dale!

53. — Riojanitos

Estos chicos viven en la sierra, lejos de la ciudad.

Sin embargo, se trasladan á ésta en el burrito.

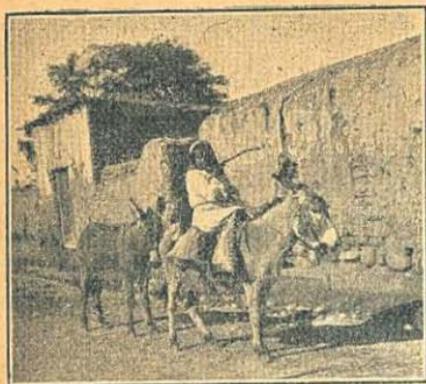
Van tres ó cuatro veces por semana para vender un poco de fruta.



Lo mismo hace esa otra chica que lleva un burrito más de tiro.

Regresan después á su modesto rancho que está al otro lado de la montaña.

El viaje es penoso.



Tienen que cruzar el monte, espinoso á menudo; subir y bajar por entre piedras y atravesar el río muchas veces. Gran parte del viaje deben hacerlo bajo un sol

ardiente. ¡No importa! ¡Hay que hacerlo y lo hacen! ¡Valientes riojanitos!

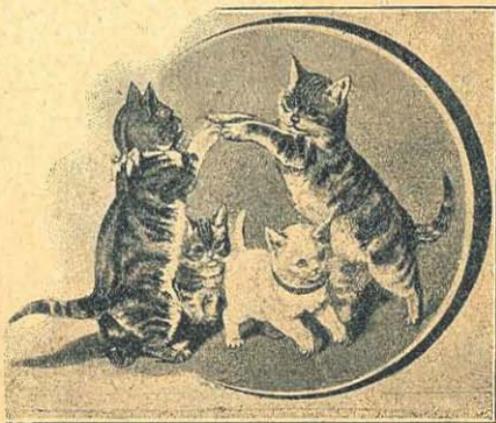
54. — Animales artistas

Aquí tenéis representados unos gatitos jugando al *Pescador, pescador, ¿me dejarás pasar?*

Claro que eso no hacen los gatitos.

Pero es graciosa la figura, ¿no es cierto?

No sería tampoco imposible enseñarles esos movimientos.



En los circos se les ve hacer cosas más difíciles.

También aprenden á hacer pruebas, á bailar, buscar objetos escondidos, etc., los elefantes, los caballos, los perros, y hasta las fieras, á las que se domestica.

Ved, por ejemplo, estos perros, como hacen lo que el payaso les ha enseñado.

Es que los animales son también más ó menos inteligentes.



55. — Cómo debe tratarse á los animales

Amelia tiene un perro al que llama *Stop*.
Ella lo quiere y lo cuida mucho.

El perro la sigue á todas partes. Si alguien



pretende tocarla, ladra y atropella.

El otro día Amelia quiso que la retratasen con Stop.

Ahí tenéis el retrato.

Ya he dicho que á mí no me gusta mucho que los chicos manoseen á los animales, aunque estén limpios.

Pero menos me gusta que los maltraten.

Este otro es el perro de Rubén.

Hace con él lo que quiere, tan dócil es.

Lo monta y se hace llevar de un lado para otro.

Pero, eso sí, nunca lo castiga.

Lo anima de palabra y el perro obedece.

— *¡Es un gran caballo éste!* dice Rubén.

Pero es un caballo que come carne en vez de pas-



to y que en vez de *relinchar*, ladra.

Entra también á las habitaciones interiores y se llega á la sala.

¿Qué les parece á ustedes el caballo de Rubén?

El otro día el chico tuvo una graciosa ocurrencia.

Se puso un sobretodo del papá, los anteojos de la abuelita y un chambergo del hermano.

Tomó un diario, se sentó en un sillón y llamó al perro. Este acudió en seguida, y Rubén lo obligó á sentarse delante de él.



— *Voy á leerte las noticias del día*, dijo:
Y empezó á decir locuras.

También Ermelinda tiene su pichicho favorito.

Ella se esconde detrás de una cortina, y grita:

— ¡*Alí, Alí, ya...*

Y el perrito busca hasta que da con ella.
Entonces salta y ladra, como diciendo:
— ¡Otra vez! ¡Escóndete otra vez!

Ya veis cómo son inteligentes estos animales, y cómo el buen trato hace que hasta nos amen y obedezcan.



Observad, en cambio, lo que le sucede á Martín.

Tiene un perro que no es malo tampoco. Pero Martín empezó un día á fastidiarlo; le metía cascotes en la boca, lo

tironeaba de las orejas, le pellizcaba el hocico. Tanto hizo, que el animal se enfureció, saltó sobre él y le mordió en la cara.

Afortunadamente, acudieron pronto en auxilio del niño. De lo contrario, tal vez habría recibido alguna mordedura mortal en el cuello.

Pero quedó con una fea cicatriz.

Lo siento, porque Martín es un chico que tiene muchas buenas cualidades.

Desde entonces, no se le ocurrió maltratar á los perros ni á ningún otro animal. Por el contrario, llegó á ser hasta cariñoso con ellos. La lección le fué provechosa.



56. — Carlitos



¡C ó m o se r í e
Carlitos!

¿Sabéis por qué?
Es porque acaba
de aprender á ma-
nejar solo el velo-
cípido.

Ahora, al v e r

que, empujando con sus pies los pedales, giran las ruedas, da gritos de alegría y de triunfo.

En cambio, Sarita se ha puesto seria porque también quiere manejar.

— *No te enojés, Sarita. Después te tocará á ti.*

— *Y tú, Carlos, no seas egoísta, eh!*

57. — Leones



He aquí dos animales *feroces*: un león y una leona.

¡Qué melena tiene el león!

¡Y qué cara fiera los dos!

Ambos tienen la boca abierta en este momento. Están *rugiendo*. Son animales *salvajes*, muy fuertes y muy ágiles.

Yo no querría encontrarme con ellos sueltos.

He visto leones enjaulados en el Jardín Zoológico de Buenos Aires.

También ví un león *domesticado* en el circo. Al león se le llama el *Rey de los animales mamíferos*.

58. — El carpinterito



Gustavo tiene 9 años.

Se le ha roto su carrito de madera.

En vez de ir á otros para que se lo compongan, lo compone él mismo.

¡ Con cuánta destreza maneja el cuchillo para trabajar!

Su padre no es carpintero, pero aprendió á manejar muchas herramientas.

Quiere que su hijo haga lo mismo y lo conseguirá.

¡Qué útil es educar la mano con el trabajo!
El que sabe trabajar puede vivir feliz.

59. — Eduardito



Me es muy simpático Eduardo.

Primero, porque es muy cariñoso con sus padres y con sus hermanos.

Segundo, porque es muy obediente y eso me gusta muchísimo.

Tercero, porque suele tener ocurrencias graciosas.

Oíd una:

Hace poco empezó á andar en velocípedo como Carlitos.

Anda ya bastante bien, pero no puede bajarse fácilmente.

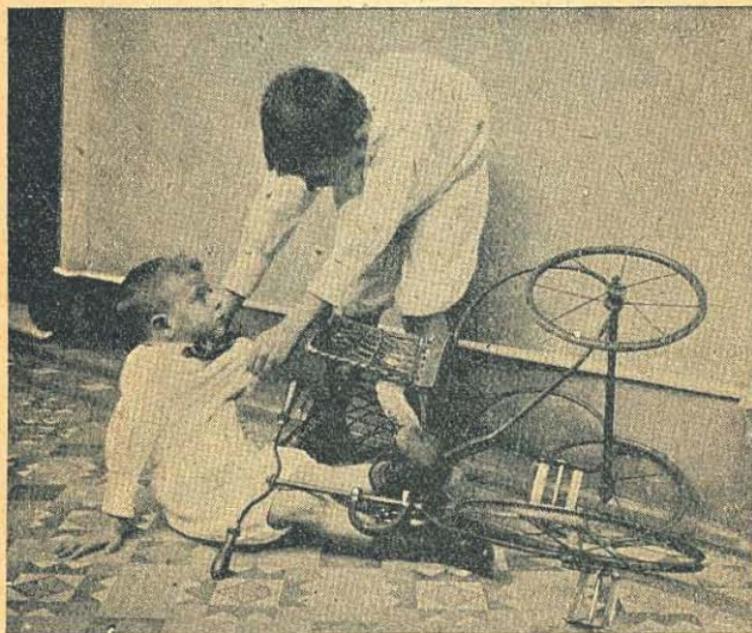
Los hermanos suelen bromearlo por eso.



El domingo corría de un lado á otro en el velocípedo.

De pronto, al querer dar vuelta, cayeron máquina y él al suelo.

Se quedó un momento haciéndose el pensativo porque vió que su hermano Federico venía para levantarlo. Llegó éste y entonces Eduardo exclamó, sin reírse:



— *¿Has visto, Federico, qué bien he aprendido á bajarme?*

60. — Aprendiendo á subir



Tema de conversación y descripción oral

61. — Tejiendo

¿Qué hace Dorila?

Dorila trabaja; hace media.

Su mamá le ha enseñado á tejer.

¡Qué bien maneja ya las agujas!

Pero en este momento se le ha escapado un punto. Trata de tomarlo de nuevo

antes que se deshaga del todo.

No quiere perder tiempo haciendo dos veces la misma cosa sin necesidad.

Pero, si no hay más remedio, lo hará sin enojarse.

Es una niña paciente y perseverante.



62. — Las dos madres



Tema de conversación y de descripción oral

63. — Un rapto

¿Qué haces?

¿Robas el cachorrito?

¿No temes que la madre te atropelle?

¡Fíjate cómo te mira! ¡Observa también el gesto de enojo que pone ese cachorrito que está arriba de todos.

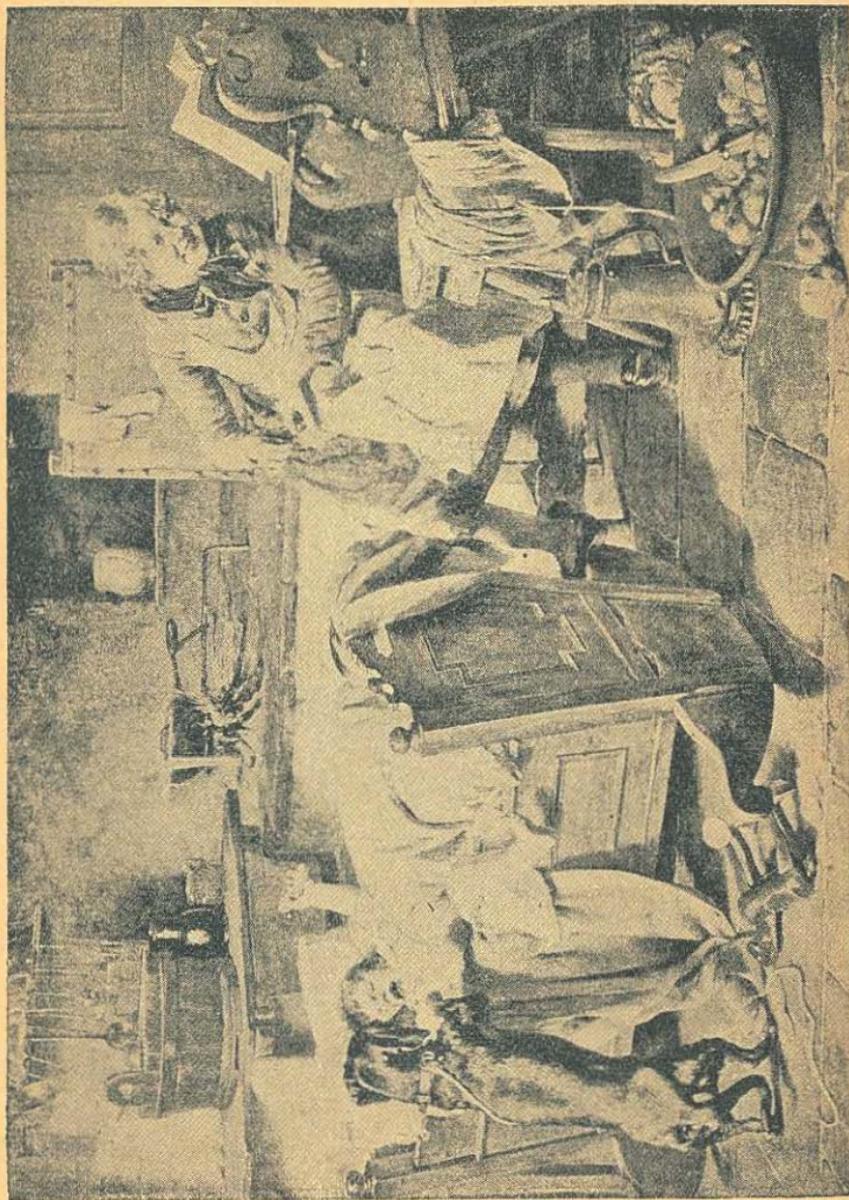
¡Ah!... tú te ríes porque ya te conoce la madre y sabe que no harás daño á su hijito.

¿Vas á darle una sopita?

Pues trae para todos y que la fiesta sea general.



64. — La mamá ha salido



65. — Bailando

Estos son niños del Jardín de Infantes. Están en recreo.

Forman parejas y bailan.

La maestra les ha enseñado hoy un paso nuevo.

Daniel no lo ha aprendido bien y Arminda se lo está repitiendo.

Los demás miran.

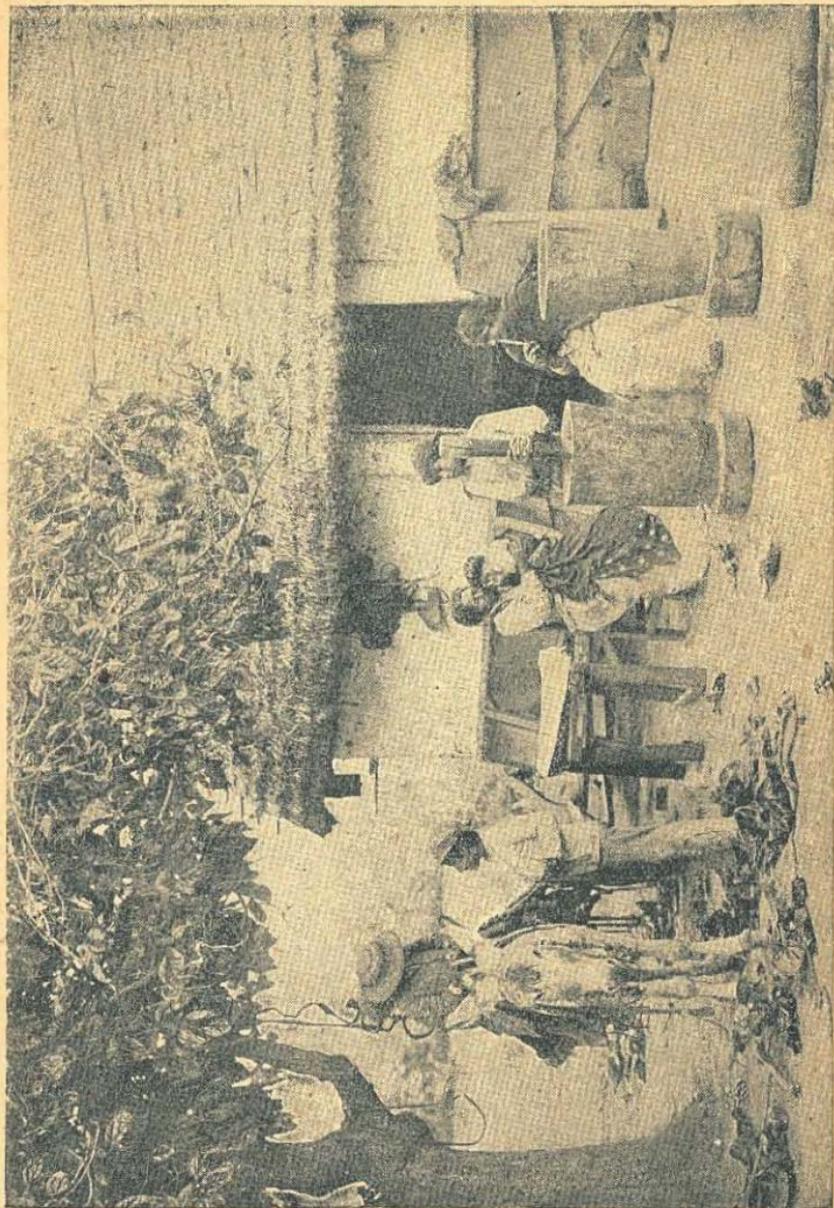
Si Arminda consigue que Daniel aprenda, la aplaudirán:

— ¡Viva la maestra!

Y Daniel le dará las gracias.



66. — En la campaña argentina



67. — Hablando de las aves



Hoy dió la maestra una lección muy interesante.

Habló de las *aves*.

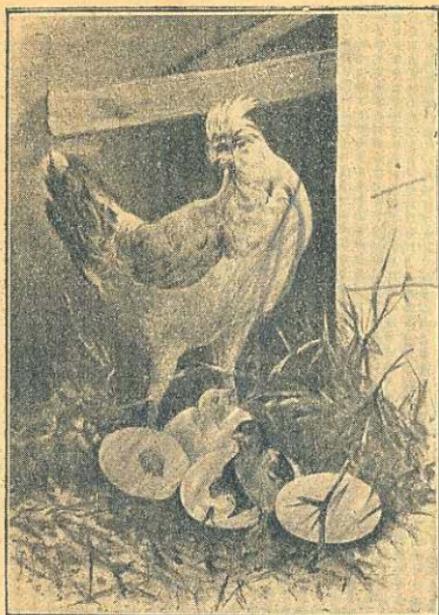
Los niños formaron círculo alrededor de la mesa.

La señorita había traído una cantidad de aves diferentes, unas *embalsamadas*, otras pintadas en bonitos cuadros; algunas dibujó ella misma en el pizarrón.

Pero lo que más entusiasmó á los alumnos fué que también trajo á la clase algunas vivas:

un canario, un jilguero, un cabecita negra y hasta un lorito.

— ¡*Dame la patita, lorito!* dijo Reinaldo sin poderse contener.



Todos los niños se echaron á reír. La maestra dijo con tono de reprobación:

— ¡*Reinaldo!*... Pero no pudo menos que sonreírse ella también.

Y los demás miraron entonces al travieso muchacho, como di-

ciéndole:

¡*Qué loquito!*...

II

— *Las aves nacen de huevos,* dijo la maestra. Ved el grabado.

Uno de los pollitos ya salió. Otros dos asoman la cabeza. El cuarto no tardará en romper también el *cascarón*. Andarán después



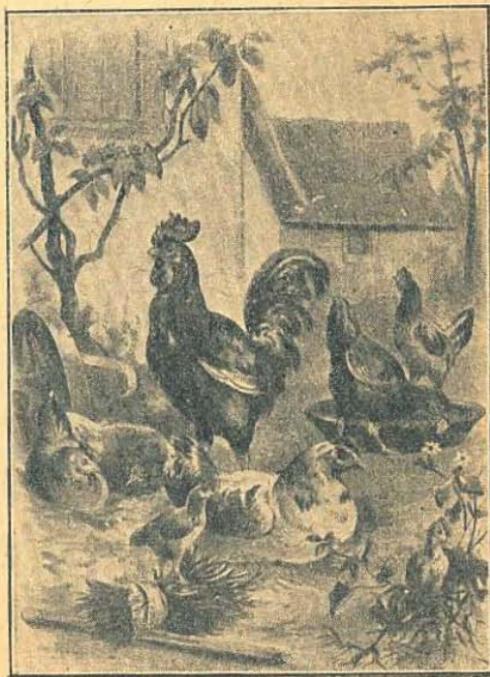
de un lado á otro.

La madre les buscará alimento.

La gallina cobija á los pollitos bajo sus alas. No deja

que nadie los toque. Es capaz de saltar á la cara del que los amenace.

Mientras sean chicos se oirá siempre su alegre *pío, pío*. Más tarde, ya crecidos, los gallitos empezarán á cantar imitando al padre. Las pollas empezarán á poner huevos, que servirán de excelente alimento á sus dueños. De vez en cuando, algunos de los pollos pasarán del gallinero á la olla.



¡No hay más remedio! También ellos se comen los bichitos vivos que encuentran.

III

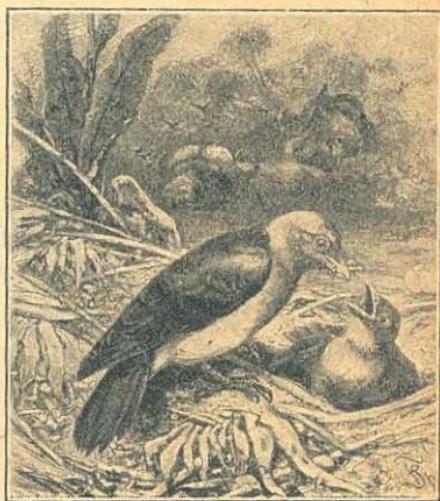


Y este pajarito ¿á dónde va con esa pajita en el pico?

Va á terminar su nido.

Pondrá huevos en él, y los empollará con el calor de su cuerpo, como lo está haciendo esta paloma. Cuando salgan sus pichoncitos, los alimentará trayendo al nido lo que necesiten comer. Lo mismo hacen los demás.

Observad cómo este pica-buey trae su comida en el pico



al pichoncito que aún no sale del nido. Cuando tengan fuerza, los pichoncitos se buscarán de por sí su comida lo mismo que los pollitos.

IV

La maestra mostró después varias estampas con aves diversas, para que los niños vieran cómo se diferenciaban entre sí.

Son diferentes por su tamaño, existiendo desde el enorme avestruz, que todos conocen, hasta el pequeño picaflor. Se distinguen también por la forma ó por la longitud de su pico, por la forma ó longitud de sus patas ó de su cola.

Comparad, por ejemplo, el pico del pelícano con el de los pájaros cantores, ó las patas de cualquiera de éstos con las del jacaná, de la cigüeña ó del teruteru. Comparad igualmente las colas ó el color de las plumas, y otra vez hallaréis diferencias notables.



Pellicano



Cantores



Jacaná

Pero todas las aves son animales *bípedos*, puesto que tienen sólo dos patas. Son *alados* y *ovíparos*. Tienen todo ó parte del cuerpo cubierto de plumas. Su sangre es caliente.

V

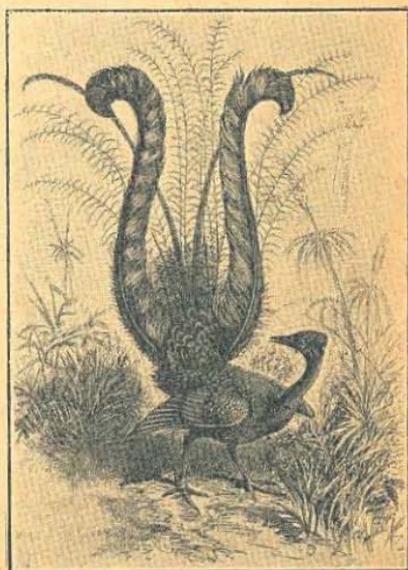
Las aves nos prestan distintos servicios.

Unas nos dan su carne y huevos, que constituyen un excelente alimento; otras sus plumas, con las que se hacen almohadas, se adornan sombreros, abanicos, etc.

Las almohadas y colchones de pluma son muy calientes y no deben usarse sino en los países muy fríos.

Nosotros no las necesitamos.

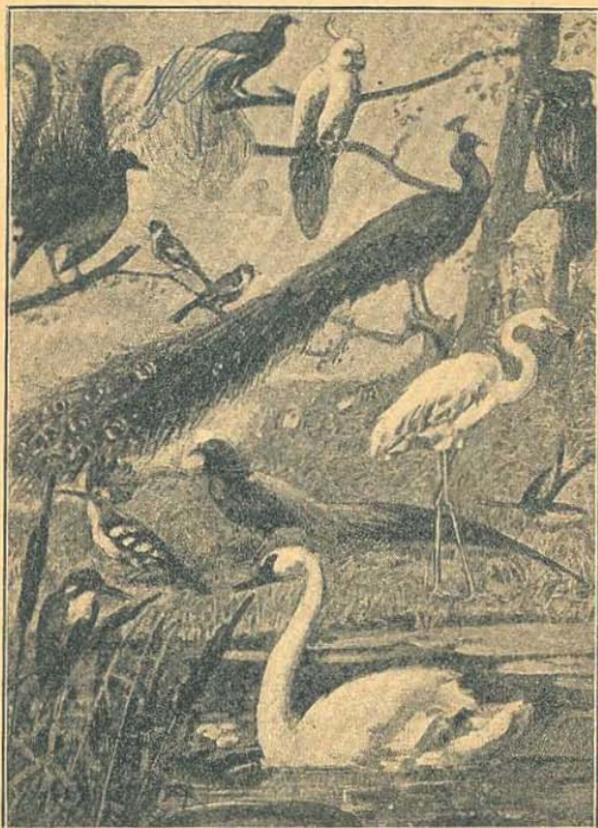
Las aves nos pres-



Ave lira

tan otro importante servicio, destruyendo muchísimos insectos perjudiciales á las plantas.

Arrebatarse los huevos de los nidos de los pájaros, es cometer una mala acción, es privar á



la madre de los pichoncitos que de aquéllos hubieran salido.

Destruir un nido es otra mala acción, es como destruir la casa en que vive una familia.

68. — ¿No tienes apetito?



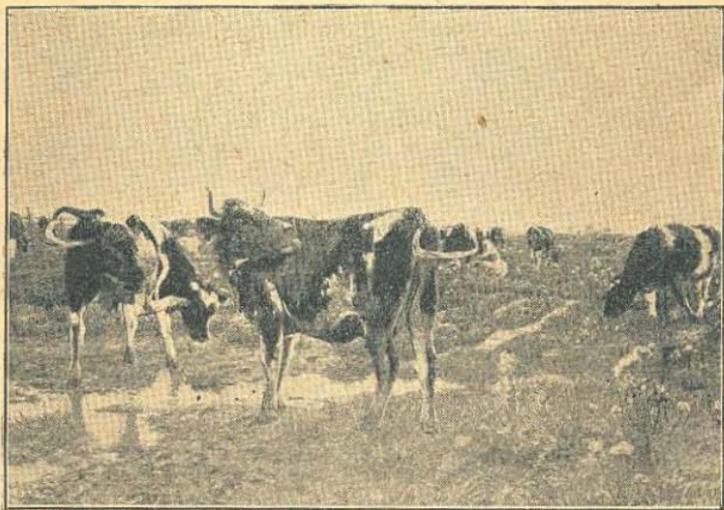
Tema de conversación y de descripción oral

69. — Paciando

Estas vacas andan sueltas en el campo.

Andan de un lado á otro arrancando las yerbas que más les gustan.

De tiempo en tiempo se acercan al arroyo para beber.

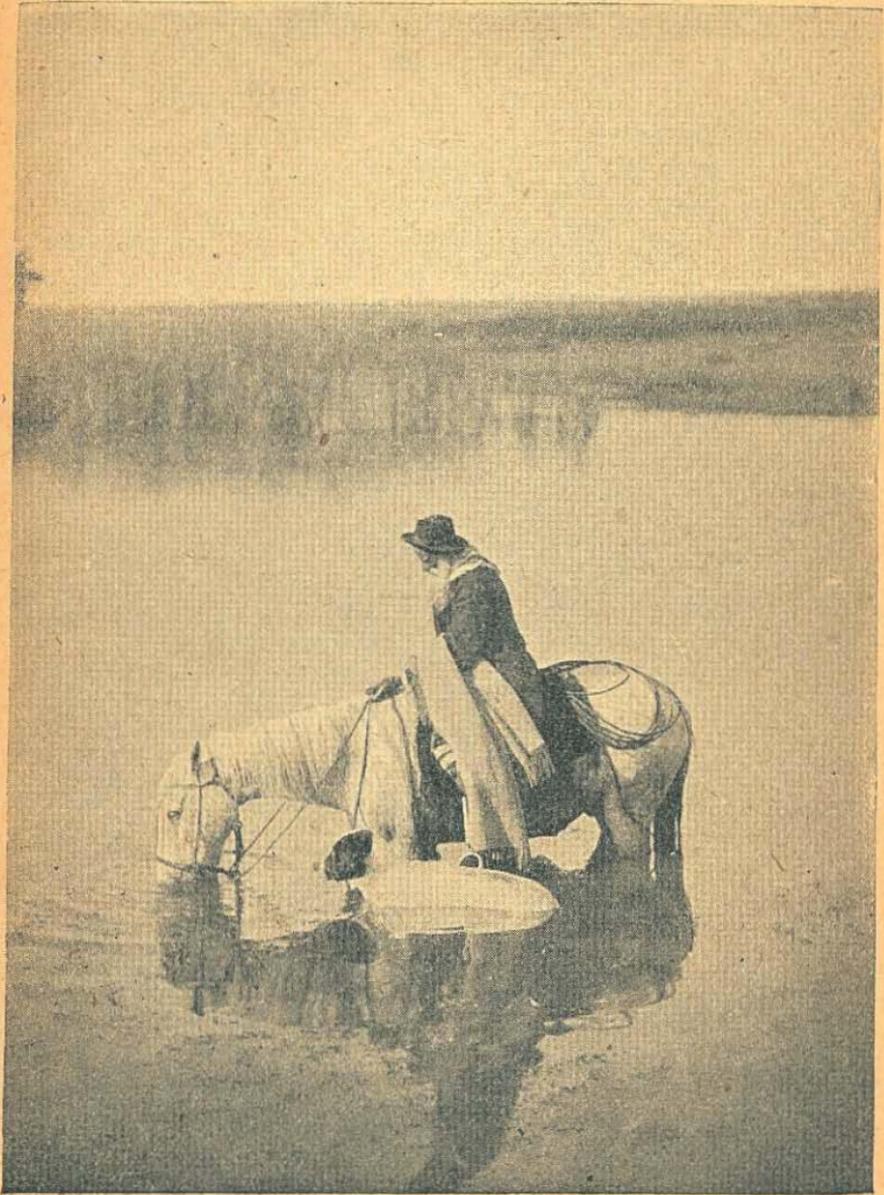


No hay mucho pasto en ese campo. Pero no sufrirán de hambre estas vacas.

De noche encontrarán en el corral pasto seco y tal vez un poco de maíz.

Son *vacas lecheras*.

70. — Pasando la laguna



Tema de conversación y de descripción oral

71. — María y Lucrecia



María es la de los rizos largos.

Lucrecia es la otra.

La primera tenía tres años cuando la retrataron. La segunda había cumplido dos.

Sus ocupaciones principales eran jugar, comer y dormir. *La mamá quería que jugaran siempre al aire libre.*

De noche, después de comer, el papá ó la mamá les contaba cuentos sencillos.

II

Preferían los cuentos en que aparecían animales: vacas, ovejitas, gatos, pajaritos.

El papá no les contaba nunca cuentos de brujas, ni de diablos, ni de hadas, ni de cucos ó fantasmas.

Dice que todo eso es mentira, que no existe.

Por eso, María y Lucrecia no son ahora miedosas.

Entran sin temor en los cuartos de la casa, aunque estén oscuros.

Cuando oyen ruidos de noche, ya saben que alguna razón natural hay para que se produzcan. Es el viento que sopla, una puerta mal cerrada ó un objeto que cae. Puede ser también alguien que pasa por la calle, un animalito; un bicho cualquiera inofensivo que ha entrado á la habitación, un ratoncito que revuelve los cajones buscando comida.

Y así duermen tranquilas.

III

Ahora María y Lucrecia tienen cuatro años más cada una. Ya no tienen rizos. Siempre juegan y siempre quieren oír cuentos. Pero también trabajan un poco junto con su hermana Leonor.



Tempranito, apenas levantadas, sacan al patio la jaulita en que tienen un lindo canario. Limpian la jaulita, le ponen alpiste nuevo después de soplar las cascaritas vacías. Cambian el agua de la taza. El canario da grititos, contento.

¡Querrá darles las gracias? ¡Quién sabe!...

La mamá distribuye entre ellas y Leonor, la mayorcita, varios de los trabajos de la casa.

Así es que entre todas barren, pasan el plumero por los muebles, arreglan su lavatorio, tienden las camas, ponen la mesa.

Riegan las plantas que tienen en macetas. Les gusta poner semillas en la tierra y ver cómo salen después las plantitas y cómo crecen.



IV

Aprenden á coser. Leonorcita sabe zurcir medias. La mamá les enseña. Cosen ropita para sus muñecas. También arreglan parte de sus propios vestidos.



No van á la escuela todavía. Pero ya saben muchas cosas útiles que han aprendido con gusto y casi jugando.

Conversan con el papá ó la mamá, de lo que les rodea. Han aprendido á leer casi solas. Tienen libros con muchas figuritas.

V

Les gusta mucho lavar.

—*Mamá, ¿quieres darnos un poco de jabón?
Hoy tenemos que lavar.*

La madre
les da jabón.

Ellas traen
la ropa de las
muñecas, to-
man una vie-
ja palangana
de lata enlo-
zada y traba-
jan.

Una lava y
la otra va col-
gando la ro-
pita en una
cuerda.

La mamá
les recomien-

da que sean prolijas, que procuren no derramar
agua ni mojarse ellas mismas los vestidos al
lavar.

Y saben hacerlo así.

Leonorcita lava también algunas piezas chi-



cas de uso en la casa, como las servilletas. Y lo hace bastante bien.

Después planchan. Tienen planchas chiquitas, pero que sirven.

VI



El domingo es el gran día para nuestras chiquilinas.

Suelen venir algunas primas y también la abuelita. Ahí tenéis el retrato de ésta con unos cuantos de sus *nietos* y *biznietos*.

Ellos la rodean y la llenan de caricias.

Discuten á quien la quiere más.

— *¡Yo, yo te quiero más que todos!* exclamó María.

— *¡No, yo! ¡Porque yo te quiero desde Buenos Aires hasta Córdoba, donde está tío Luis!* contesta Clarita.

— *Entonces yo te quiero más, porque te quiero hasta Jujuy!* dice Leonor.

Leonor ha oído decir á su papá que Jujuy está mucho más lejos.

Rafael, uno de los biznietos, apenas sabe pronunciar algunas palabras. El no discute, pero salta al cuello de la abuelita y no quiere que nadie se acerque.

— *¡Mía, mía...* grita.

— Y tú, abuelita, ¿á quién quieres más? pregunta Lucrecia.

— *¡Yo quiero á la más obediente y á la que nunca dice mentiras!* contesta la adorada viejecita.

VII

Cuando vienen sus primitas Mercedes, Sarita y Leonilda, hacen “comiditas”, como ellas dicen. Tienen un jueguito de comedor. Sacan la mesita al patio y allí hacen su banquete.



Después saltan á la cuerda, bailan, se disfrazan con polleras largas, juegan á las visitas, marchan como soldados, etc.

Y juegan en buena armonía siempre.

Sólo una de ellas tiene una mala costum-

bre. Es caprichosa. Si no hacen las cosas como ella quiere, se impacienta. Se separa de las demás y se queda enojada aparte.

— ¡ Bueno! yo no juego, entonces!



ma de mal modo.

La mamá la ha dejado días enteros sin jugar por esa causa.

Pero es chiquita y se corregirá.



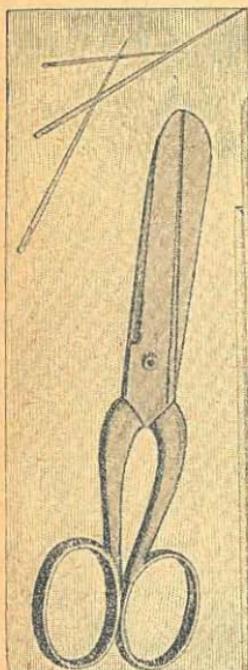
VIII

Leonor, María, Lucrecia y Haydée, tienen una *alcancía* común.

Guardan en ella todos los centavos que les dan el papá, la mamá, la abuelita y los tíos.

A veces compran tijeras, hilo, agujas, lana y otros útiles





que necesitan para vestir á sus muñecas. También compran dulces.

Si algún pobre golpea la puerta, corren á la alcancía, toman una moneda y la llevan al desgraciado que pide limosna.

Cuando alcanzan á reunir una regular cantidad, compran un juguete grande. Así compraron hace un año un velocípedo.



IX

Este es el velocípedo de Leonor y sus hermanitas.

Andan en él de un lado para otro en el patio de su casa.

Saben manejarlo muy bien.

Describen rápidamente líneas curvas, onduladas ó serpentinadas.

Cuando una ha jugado un momento pasa el velocípedo á sus hermanitas.





Hasta la nenita más chica anda en el velocípedo. La sostienen las mayores.

No son egoístas. Se prestan las muñecas y todos los juguetes.



72. — Ríe mejor el que ríe último



Tema de conversación y de descripción oral

73. — Hace buen tiempo



Tema de conversación y de descripción oral

74. — Caballos



Tres caballos, uno blanco en el centro y dos negros ú oscuros.

Uno de éstos está á la derecha y el otro á la izquierda del blanco.

Los tres tenían sed y han venido á beber al *pilón*.

Quizá han trabajado muchas horas y el dueño acaba de soltarlos.

Han ganado el pasto y el maíz que comerán enseguida.

Los caballos son animales *herbívoros*, es decir, que se alimentan de yerbas.

Hay caballos de diferentes tamaños y colores.
¡Qué útiles son al hombre!

75. — Un arquitecto

Tito juega con las *fichas del dominó*.

Las pone unas sobre otras cruzándolas en distintas direcciones.



Dice que hace casitas y torres.

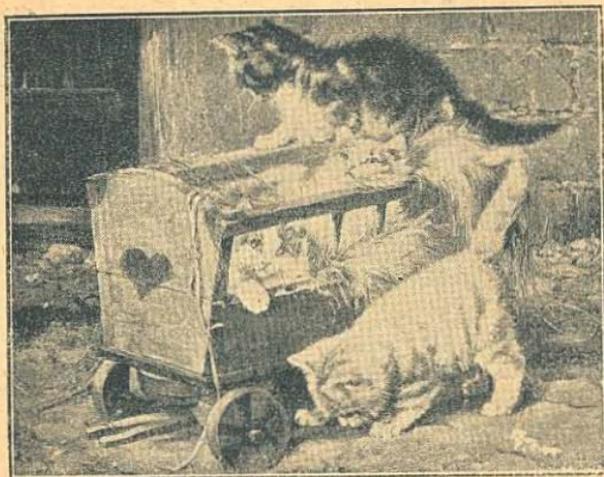
Cuando alguien se acerca á la mesa, él exclama:

— ¡*Despacito, despacito, que van á derribar mi construcción!*

Pero cuando se le va al suelo, él no se enoja ni llora como otros niños impacientes ó mal criados.

¡Muy bien, Tito!

76. — Escenas mudas



1

2



3



Temas de conversación y de descripción oral

77. — El primogénito



Esta señora tiene en sus brazos á su *primogénito*.

¡Con cuánto cariño lo contempla!

El nenito parece que adivinara que es adorado y también sonrío amablemente.

El perro contempla la escena, pensando quizá:
— ¡*He ahí otro amo que tendré que cuidar!*

Y esa madre ¿qué pensará?

Lo que piensan todas.

— *¿Qué será mi hijo cuando sea grande? . . .*
¿Será un hombre feliz?

— Sí, señora, le contestaría yo, *será feliz si Vd. quiere.*

Sí, acostúmbrelo bien, y desde ahora.

Amelo mucho, pero no le deje tomar malos hábitos. Hágalo Vd. obediente y respetuoso.

Enséñele á decir siempre la verdad. Cuando sea grande, *que aprenda un oficio* y que sepa leer, escribir y contar bien.

Que sea trabajador, que odie el ocio y la mentira, y Vd. tendrá un hombre feliz y respetado.

Haga Vd. que sea fuerte por el ejercicio frecuente al aire libre, y hasta los 9 ó 10 años no se ocupe de que aprenda muchas cosas en los libros.

PUBLICACIONES DE LA CASA

APROBADAS EN EL ÚLTIMO CONCURSO DE TEXTOS POR
EL CONSEJO GENERAL DE EDUCACIÓN DE LA PROVINCIA
DE BUENOS AIRES, PARA LOS AÑOS 1910, 1911 Y 1912

LECTURA

- 1.^o año — **EL LIBRO DEL ESCOLAR 1.^o**, por Pablo A. Pizzurno, Director de la Escuela Normal de Profesores de la Capital.
- 2.^o año — **EL LIBRO DEL ESCOLAR 2.^o**, por el mismo autor.
- 3.^o año — **EL PÍS. ARGENTINO**, por la profesora Rosa Fernández Simónin.
- 4.^o año — **ALEGRE DESPERTAR**, por Emma C. de Bedogni.

GEOGRAFÍA

- 3.^o año — **PEQUEÑO ATLAS Y GEOGRAFÍA DE LA REPÚBLICA ARGENTINA**, compuesto de 26 mapas trazados según los datos más recientes por Aquilino Fernández.
Las descripciones correspondientes a cada mapa han sido escritas por el profesor normal Carlos H. Pizzurno.
Obra premiada con medalla de plata en la Exposición Universal de San Luis (E. U.) de 1904.
- 3.^o año — **LECCIONES DE GEOGRAFÍA**, por la profesora normal Victorina Malharro.
- 4.^o año — **LA ARGENTINA**, por la misma autora.

DIBUJO

EL ARGENTINO, por Aquilino Fernández. Curso metódico de dibujo compuesto de 12 cuadernos que corresponden a todos los grados de las escuelas primarias y de los cuales los números 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8 y 12 están destinados al **Dibujo á pulso** y los 9, 10 y 11 al **Dibujo lineal**.

CALIGRAFÍA

CUADERNOS DE ESCRITURA NORMAL, por el profesor normal Lorenzo Esteva Berga.

AQUILINO FERNÁNDEZ

ESTADOS UNIDOS 1384

BUENOS AIRES

LL
1901
PIZR